

“Coya”, que, en su trono, parecía en aquel instante más muerta que su compañero, el rey muerto. El niño que tenía en los brazos levantó la cabeza, y ambos, clavados los ojos en el cielo, trataban de adivinar de dónde podía llegar hasta ellos aquella palabra de aliento.

—¡ Oh! Dios mío—murmuraron los trémulos labios de María Teresa—¿no has reconocido la voz de Raimundo, Cristóbal?

—¡ Sí! ¡ Sí!—dijo el niño,—¡la he reconocido! ¡Es Raimundo! ¡Viene a salvarnos!

¿En dónde estaba? ¿En dónde se ocultaba? La voz venía de arriba. Miraron hacia las plataformas de piedra ocupadas por los indios. Pero, ¿cómo reconocerle entre toda aquella multitud? ¿Cómo verle? ¿Cómo saber por dónde vendría la salvación? Porque desde que habían oído su voz, no desesperaban de salvarse. Y recorrieron con la vista todas las piedras y no le vieron. En aquel momento la palabra resonó de nuevo por sobre sus cabezas, y con tal fuerza que se oyó en toda la plaza y en las calles inmediatas: “¡Recuerda!”

Interrumpióse la fiesta, se suspendió la danza. Todos miraron al cielo y un murmullo hostil comenzó a elevarse de entre aquella muchedumbre, a la que una palabra española despertaba de su sueño de regeneración y de libertad. ¿Por qué “Recuerda”? ¡Acuérdate! ¿De qué debía acordarse aquella multitud? ¿De que era esclava? ¿Y de que aquellas fiestas que trataban de hacer revivir un pasado para siempre muerto sólo durarían un día? ¿Y de que el sol de mañana, olvidan-

do el sol de hoy, alumbraría de nuevo su esclavitud? Vióse a María Teresa ponerse de pie en su trono de oro con el niño en los brazos; aquel grito que venía a interrumpir las fiestas sagradas le devolvía a ella la vida.

Y todos, mirando aún más arriba, vieron al fin, en la piedra más alta, destacándose sobre el cielo, una silueta inclinada que tendía la mano hacia la “Coya” y le decía: “¡María Teresa! ¡María Teresa!...” Y la “Coya” gritaba a su vez: “¡Raimundo!” Entonces todos comprendieron que allá arriba había alguien que no era de su raza y que había ido a arrebatarnos, para llevársela consigo, el alma de la “Coya”.

HUBIERAN querido verla ya muerta. ¡Aquello era un sacrilegio! ¿No pertenecía ya a los dioses? ¡También el que había gritado merecía la muerte! Y se produjo un gran barullo; todos corrían a lo largo de las paredes, escalaban las piedras, las ruinas de los templos, se lanzaban en persecución del extranjero, del falso indio. Y en tanto que los directores del sacrificio y los "amautas" se llevaban rápidamente la litera con el rey muerto y la reina que iba a morir, y que atronaban el espacio los gritos de: "¡Muera la Coya! ¡Muera la Coya!" María Teresa cerró los ojos, llevándose al otro mundo el beso de Raimundo que tal vez muriera también por haberle enviado aquel beso.

El loco Orellana, al ver a Raimundo inclinarse, al oírle gritar y llamar a la Coya, le dijo: "¿Estás loco?" Y cuando la Coya, de pie en su trono, levantó hacia ellos su frente pura, le preguntó: "¿Conocías a mi hija?"

La cólera popular les envolvía, ascendía hasta

ellos, se acercaba... Le costó un trabajo inmenso hacer salir a Raimundo del extraño entorpecimiento que le tenía allí, inmóvil en la piedra, como si se hubiese convertido en una estatua de granito, después de trocar con la Coya aquel beso supremo.

Al fin se le llevó, le hizo entrar nuevamente en el agujero de donde poco antes le hiciera salir, le ocultó en las galerías de las tinieblas cuyas revueltas nadie más que él conocía y le hizo caminar largo tiempo en la obscuridad, interrumpida aquí y allá por algunos rayos de luz que iluminaban un espacio redondo o cuadrado, o entrelargo, y que descendían de la superficie de la tierra filtrándose por entre las piedras milenarias. De cuando en cuando decía: "Aquí, encima de nuestras cabezas, está tal templo, tal palacio. ¡Mira, en este momento estamos debajo del "Yaca-Huasi" que también se llama la Casa de la Serpiente".

Raimundo le detuvo.

—¿No habrán conducido a ese templo a la Esposa del Sol?

—¡No! ¡No! Ya se concluyeron las etapas; créeme, la Esposa del Sol va ahora al Templo de la Muerte!

—¿Y nosotros? ¿Adónde vamos? ¿Adónde me llevas?

—¡Al Templo de la Muerte!

Desde aquel instante Raimundo le siguió sin hacerle más preguntas. Sin embargo, al salir del subterráneo y encontrarse en pleno campo, se manifestó muy sorprendido.

—¿En dónde está el Templo de la Muerte?

—¡El Templo de la Muerte—contestó el otro— está en la isla de Titicaca! ¡Ten paciencia!

En uno de los "tambos" que se encuentran en la carretera alquilaron caballos que los llevaron a Sicuani en donde tomaron el tren, y por la línea de Juliaca se dirigieron a Puno, ciudad situada en las márgenes del lago. Durante el camino, Orellana no cesó de hablar a Raimundo, dándole detalles acerca del país que atravesaban y de la ceremonia que iban a presenciar, "una ceremonia a la que no había asistido jamás un extranjero", pero Orellana no pedía permiso a nadie, y puesto que iban a casar a su hija con el Sol, justo era que él asistiese a las bodas. Tanto más cuanto que lo tenía preparado todo para asistir a la ceremonia. ¡Ah, había tardado mucho tiempo en encontrar el Templo de la Muerte, porque aquel templo estaba muy escondido, pero, cuando se quiere, con la paciencia que dan los muchos años, se consigue todo! No había un canal subterráneo, del que las aguas hubieran desertado, no había una mina de oro que él no conociese y no pudiese recorrer con los ojos cerrados. ¡Ah! ¡qué de fortunas! ¡qué de fortunas en las entrañas de la tierra! ¡una fortuna igual a todas las fortunas del mundo reunidas! Evidentemente los incas habían debido sacar de alguna parte todo el oro que poseían. ¡Y aún quedaba! ¡Y aún quedaba mucho! El día en que un ingeniero inteligente se lo propusiera (sonrisa amarga del joven que ya ni siquiera piensa en su célebre sifón), con solo agacharse... Pero a él, a Orellana, le tenía sin cuidado todo el oro del mun-

do, y sólo amaba a su hija, a su María Cristina, a quien los indios habían llevado al Templo de la Muerte, y sólo se había ocupado de encontrar el Templo de la Muerte, para ir a buscar allí a su hija la primera vez que se celebrase una ceremonia como aquella. Había esperado muchos años. Ahora todo estaba dispuesto. En confianza, ¡sería para él una alegría inmensa el abrazar a María Cristina por primera vez después de diez años!— De este modo divagaba el loco y estas divagaciones le parecían interesantísimas a Raimundo. El joven le preguntó:

—Y ellos, ¿cómo van desde Cuzco al Templo de la Muerte?

—No te ocupes de eso.

¡Por las galerías de las tinieblas! ¡Por las galerías de las tinieblas! ¡Por las galerías de las montañas de las tinieblas! ¡Y por las galerías del lago de las tinieblas! A propósito, ¿sabes pescar con caña?

Raimundo no tuvo tiempo de contestar a esta extraña pregunta, porque el conductor del tren fué a buscarles para invitarles a ver bailar la "samacueca" en el furgón de equipajes. No tuvieron más remedio que aceptar la invitación por no singularizarse. Todos los viajeros se dirigían al furgón de cola. Allí encontraron una infinidad de indígenas que bailaban, cantaban, tocaban la guitarra y bebían de firme. Cada vez que se paraba el tren, el conductor, en señal de regocijo por las victorias de García, disparaba algunos cohetes, cuyos estampidos repetían alegremente los ecos de

las montañas. Luego, los pocos soldados quichúas que iban en el tren, se entregaron al placer de la caza. Al cruzar un cerro, vieron numerosos rebaños de vicuñas que pastaban tranquilamente. Desde la plataforma de su vagón, los soldados espían todos los movimientos de aquellos rebaños errantes y de cuando en cuando, se echaban el fusil a la cara y enviaban una bala al animal que estaba más próximo. Cayó una vicuña. Inmediatamente el maquinista dió freno, paró el tren y el conductor corrió él mismo a recoger la víctima. Raimundo, impaciente, hubiese querido saltar a la locomotora y dirigir por sí mismo el tren, llevándolo a toda velocidad. Pero Orellana le tranquilizó:

—¡Llegaremos antes que ellos, ya lo verás! Aún tendremos tiempo de pescar con caña. ¡Ya lo creo, toda una noche y todo un día!

Y se le llevó, en tanto que bailarines y bailarinas despedazaban la vicuña, junto a la estufa instalada en su vagón. La temperatura, en efecto, había descendido considerablemente. Estaban en la región de las nieves y se hallaban a una altura de más de catorce mil pies, casi al nivel de la cima del Monte Blanco. Raimundo empezó a sentir ese malestar que se experimenta en las montañas, llamado en el país "soroche"; comenzó a salirle sangre por la nariz y por los oídos y quedó sumido en un sopor en el que pudo olvidar todos sus dolores morales. No volvió a atormentarle su espantosa pesadilla hasta que llegaron a Puno, que es una ciudad situada a orillas del lago. Una vez

allí, exigió a Orellana, con furor y energía, que le llevase al Templo de la Muerte.

—¡A él vamos!—le respondió el singular anciano; pero antes le hizo pasar por la plaza en donde encontraron un centenar de indias muy hermosas, con faldas de color oscuro y justillos muy escotados, como exige la moda por aquellas tierras. Estaban sentadas, en hileras simétricas, y vendían frutas y legumbres secas por efecto del frío.

—Ordinariamente son doscientas — observó Orellana—, pero los ponchos rojos han pasado por aquí y han escogido las cien más hermosas para la ceremonia. Lo mismo hacen cada diez años.

Y les hizo varias compras, con el dinero de Raimundo. Se proveyó igualmente de una calabaza llena de "pisco" y salieron de la ciudad. Al anochecer llegaron a los inmensos pantanos, de los que se alzaban bandadas enteras de pájaros. Cruzaron después una espesura de la que huyeron algunos llamas y alpacas y al fin se hallaron en cierto paraje bastante lúgubre de las márgenes del lago. El Titicaca, en su lecho formado por las montañas, es el lago de la Sierra que a mayor altura se encuentra. Aquella noche, las aguas aparecían sombrías, silenciosas, muertas.

Pero a lo lejos, retumbaba el trueno y pronto toda la naturaleza comenzó a animarse. Los relámpagos sucedíanse rápidamente. La tempestad llegó a su apogeo. Las olas se estrellaron con furia contra la orilla y el fulgor del rayo iluminó to-

das las montañas de alrededor. La lluvia caía a torrentes.

—Todo esto es muy conveniente, porque así mañana hará buen tiempo—declaró Orellana—. Entretanto, vamos a comer.

Llevó al joven a un enorme monolito labrado en forma de puerta. En un nicho de esta piedra formidable, logró encender fuego con "taquia", que es estiércol seco de llama que arde como yesca. Sentados alrededor del fuego tomaron un bocado y se calentaron con unos tragos de "pisco". Raimundo sintió que poco a poco se le iban cerrando los ojos y no se despertó hasta el alba. Encontró a su lado al anciano que velaba por él y que le había tapado paternalmente con sus "pellones", (pellejas curtidas para la montura).

—Este refugio me ha traído siempre buena suerte desde que busco a mi hija—dijo Orellana—pero no sé a quién debo manifestar mi gratitud. El dios que está aquí es indescifrable.

Y enseñó al joven los bajo-relieves que cubrían la piedra. Representaban un ser humano cuya cabeza aparecía rodeada de rayos alegóricos y que empuñaba en cada mano un cetro diferente; a su alrededor, simétricamente alineadas, había algunas figuras con rostro de hombre las unas y con cabeza de condor las otras, y todas con un cetro en la mano y mirando hacia el centro.

—Si—continuó Orellana, insistiendo muy preocupado—esto no se parece en nada a lo que hacían los incas. Es mucho más escultural, pero también es mucho más antiguo. "Han existido otros

pueblos" en estas márgenes antes de los incas, que no son más que salvajes que roban muchachas. Pero, ven a recibir al Sol.

Entonces Raimundo vió en una caleta, medio escondida entre las hierbas, una piragua de juncos en la cual Orellana arboló un mástil e izó una vela que hinchó inmediatamente la brisa propicia.

—Ven a pescar con caña—dijo el anciano—por aquí se va al Templo de la Muerte.

Raimundo saltó a la lancha de "totora", a la embarcación de juncos, y bogaron hacia las islas. Llegaron a la vista de éstas al anochecer.

Aquella noche Orellana no atracó a la orilla. Inmovilizó su barca arrojando al agua una enorme piedra sujeta por una cuerda; luego arrió la vela y dió a Raimundo una caña para pescar. El joven no comprendía para qué era aquello. El loco, que pensaba en todo, le replicó:

—Vienen a las islas para pescar, porque en las islas la pesca bendita por el dios, es más abundante que en ninguna otra parte. ¿No puedes hacerlo que todo el mundo?

Y le enseñó en torno las antorchas que encendían en la proa de las lanchas y, dentro de aquellas lanchas, las siluetas inmóviles de los indios pescadores.

—Son los indios que pescan en sus botes de "totora"—dijo el anciano.—Haz lo que ellos o duérmete y déjanos en paz. ¡Mañana tendrás un buen despertar!

Se despertó, en efecto, un poco antes de amanecer. Próxima ya la aparición del astro rey, las

últimas estrellas se apagaban en el cielo de los trópicos. Sobre las aguas profundas del lago no aparecía ya ninguna luz, y Raimundo no percibía ni la más leve sombra. Ningún rumor en la naturaleza; ni un soplo de aire. De pronto, por Oriente, se incendió la cima de los montes; una gigantesca llamarada surgió al otro lado de la cortina de la cordillera, y los reflejos rojizos del astro hicieron salir de entre las sombras las siluetas teñidas de rosa de las islas santas.

Quando los indios que se deslizan sobre las aguas en sus frágiles piraguas pasan por delante de la principal de estas islas, que es la isla Titicaca, jamás olvidan prosternarse y cantar en aimara el himno de los Antepasados al dios del día, porque en esta isla nació, hace años, la raza de los incas, en la persona de Manco-Capac y de Mama Cello, marido y mujer, a la par que hermano y hermana, ambos hijos del Sol. De aquella isla salieron para fundar la ciudad de Cuzco y echar los cimientos de su imperio sagrado.

Desde el centro del lago véñse en la costa del Titicaca ruinas formidables o hacinamientos de piedras enormes superpuestas de una manera inexplicable y cuya antigüedad jamás ha podido fijar la ciencia: son los baños, los palacios y los templos de los incas (1). Lo que Raimundo vió desde el fondo de su piragua, le arrancó un grito de sorpresa y le causó profundo estupor. ¿Soñaba? ¿Era presa de alguna alucinación determinada

(1) Véase Conde de Ursel, a su regreso a Bolivia.

por las angustias y las horribles preocupaciones de aquella semana maldita? ¿Veían realmente sus ojos lo que otros ojos habían contemplado en éxtasis, hacía siglos y siglos, en la aurora de la civilización incaica? Pero, a medida que se desvanecían las sombras de la noche y que se acusaban los contornos de la isla que emergía de entre las aguas, no fueron ya solamente las piedras muertas, templos derruidos, palacios abandonados lo que apareció ante sus ojos a las primeras luces del alba: todas aquellas piedras ciclópeas, todas aquellas ruinas estaban ocupadas por una multitud inmóvil y silenciosa, que contemplaba el oriente envuelto en llamas.

Y lo que hacía creer en un sueño era precisamente aquella inmovilidad y aquel silencio. Había allí millones de criaturas que parecían no respirar en espera de algún acontecimiento misterioso y sagrado.

El disco del sol está aún oculto por los Andes inmediatos, pero todo hace prever su aparición victoriosa. Las laderas de los montes se engalanan con mil pedrerías rutilantes; los arroyos son cintas de fuego. El lago no es sino un inmenso espejo rosa que refleja la imagen inmóvil de los palacios y de los templos. Las vírgenes se agolpan bajo los pórticos, llevando, como en otro tiempo, los emblemas sagrados y las más hermosas flores de la estación. En lo alto de las torres inundadas de luz por la aurora, los sacerdotes esperan la aparición del rostro de su dios.

De repente, surge... Se eleva... Resplandece so-

bre su imperio, y una inmensa aclamación le saluda. "¡Salve, Sol, rey de los cielos, padre de los hombres!" La tierra tiembla, las aguas se agitan, el cielo se conmueve de tal manera ante aquel clamoreo que asciende de la isla sagrada, que deja caer en ella los pajarillos aturdidos. (1). "¡Salve, Sol, padre del Inca!" Los brazos se tienden hacia él, las manos cargadas de ofrendas se alzan por encima de las cabezas y todas las bocas cantan su gloria. "¿Reconoces a tus hijos? ¿Te acompañan aún las almas de los innumerables guerreros muertos por la patria?" El grito de alegría parte de la muchedumbre toda, acompañado de los cánticos de triunfo y del estruendo de los groseros instrumentos. Y este entusiasmo salvaje aumenta a medida que el disco rutilante del astro asciende por Oriente e inunda de luz a sus adoradores. ¡Oh, Sol! ¡Mira tu imperio! ¡Después de tantos siglos, mira a los hombres que pueblan estos campos y estas montañas, vueltas las frentes hacia tí! ¡Todas las bocas se abren para alabarte! ¡Hoy, lo mismo que ayer, tus hijos se embriagan con tus rayos!...

Las vírgenes alzan sus brazos morenos y ofrecen al dios la libación en los vasos sagrados, llenos del licor fermentado del maíz o del "magüey"; y los sacerdotes, a la cabeza de la comitiva religiosa, entonan los cantos litúrgicos que, después de elevarse hasta el cielo, parecen hundirse en la tierra. ¿Qué milagro es éste? ¿La vi-

(1) Tan fuertes eran las aclamaciones, dice Sarmiento, que algunas veces hacían caer a los pájaros en su vuelo.

sión ha desaparecido! Se ha desvanecido, como se desvanecía a los primeros rayos del sol la ligera neblina de la madrugada!...

Raimundo se restriega los ojos como un niño en el momento de despertar. ¿Dónde está esa multitud que hace un instante poblaba aquel desierto de piedras? ¿Quién ha aclamado al Sol? Ahora que el astro se halla en lo alto de los cielos y que las cosas aparecen bajo su forma ordinaria, que la imaginación no puede ya embellecer, Raimundo no ve más que lo que hay: ¡palacios en ruinas y soledad! Pero Orellana impulsa rápidamente su piragua hacia la orilla; atraca. Ordena al joven que salte con él a tierra. Y cuando se acercan al acantilado, le hace señas de que escuche: la piadosa multitud ha desaparecido bajo tierra; las piedras retumban con los cánticos interiores.

—Y ahora ven—dice el anciano.—Han bajado al Templo de la Muerte, pero nosotros llegaremos antes que ellos.

MIRA, ESTE ES EL TEMPLO DE LA MUERTE

ENTRAN en una gruta. Raimundo no tiene ya voluntad. ¡María Teresa está perdida! El beso que le ha enviado es el que les unirá en la muerte, porque el joven está decidido a no sobrevivirla. Cuando tenga la seguridad de que ella ha muerto, le llegará a él su hora. Hubiese querido matarse a su lado, como hacen los enamorados, ante la tumba de la amada. Le han dicho que debe morir en el Templo de la Muerte; por ello sigue a aquel viejo a quien en otro tiempo le mataron la hija en ese Templo, que ha estado buscando ese Templo durante diez años y que a la sazón pretende saber en dónde se encuentra.

La gruta es profunda. Después de caminar unos instantes por sobre la arena y las conchas, el anciano enciende una rama de resina. La llama ilumina la entrada de una angosta "galería de las tinieblas", pero, antes de penetrar en ella, Orellana recoge en una excavación una cosa que llama la atención de Raimundo. ¿Qué es aquéllo? Es un pico.

—Anciano, ¿qué te propones hacer con ese pico?

—Me propongo salvar a mi hija — responde Orellana.— ¡Ya verás!... Esta vez no dejaré que esos bandidos la ahoguen, como hace diez años. ¡Figúrate, la emparedan viva!... Pues bien: no tenemos que hacer más que esperar a que se marchen y la salvaremos!... ¿Has comprendido?... ¿Has comprendido bien? ¡Es sencillísimo!... Cuando encontré el Templo de la Muerte y ví en el muro todas las piedras que ocultaban a las esposas del Sol, exclamé: “¡No me hubiese sido muy difícil salvarla si hubiera estado aquí”, pero ya era demasiado tarde, y además no sabía en dónde estaba. ¿Estaba a la derecha, estaba a la izquierda, o en medio?... ¡pero la próxima vez, ya veremos! ¡ya veremos!... ¡Ven!

Raimundo temblaba al escuchar las palabras de Orellana. ¿Era posible que fuera tan fácil “salvarla”?... ¡Los locos con sus ideas fijas tienen a veces más razón que todos los hombres que gozan de su cabal razón!... Y siguió al anciano impaciente y febril, por el oscuro corredor iluminado por la antorcha que Orellana sostenía con su mano temblona. Pero Raimundo se había apoderado del pico. Sólo se oía el rumor de sus pasos sobre la roca. La tierra, en cuyas entrañas habían penetrado y en la cual se hundían, había ahogado los cánticos, como tal vez los ahogase a ellos dentro de un instante.

Aquel corredor habría sido abierto en la roca y desembocaba en unas salitas cuadradas en don-

de debían de hallarse los sepulcros de los sacerdotes y de los altos dignatarios, como se ve en las pirámides y en los hipogeos de Egipto. En la última de estas salas, Orellana apagó su antorcha y se arrodilló. Era imposible, en efecto, caminar de pie, por el angosto pasadizo por el que se deslizó, seguido de Raimundo. Pero, pronto pudieron levantarse; estaban en un nicho de piedra menos oscuro que el corredor que acababan de cruzar. Orellana detuvo a Raimundo y le dijo: “¡Aquí es!” Los ojos del joven iban habituándose a las tinieblas ya menos opacas. ¿De dónde procedía aquella débil claridad difusa gracias a la cual entreveía formas, ángulos, columnas?... Al pronto no le fué posible darse cuenta de ello, pero pudo determinar fácilmente la posición que ocupaba en una hendidura de la piedra situada a unos cuantos pies del suelo de la vasta sala cuyos límites no percibía aún.

—¡El Templo de la Muerte!—murmuró Orellana.— ¡Escucha!... ¡El Templo de la Muerte!...

En efecto, a la sazón llegaba a sus oídos el lejano rumor de los cánticos. Parecía un rugido rítmico de la tierra. Y de repente, todo se inundó de luz, y, deslumbrados, retrocedieron instintivamente. Por encima de sus cabezas, en la parte más elevada y en el centro de la inmensa sala, acababa de girar una piedra, dejando un orificio por el que penetraba a torrentes una claridad dorada.

Allí, practicado en la bóveda (1) había una espe-

(1) En la arquitectura de los incas no se conocía la bóveda, es decir, el arco de piedras en suspensión. En el Templo de la Muerte de la Isla de Titicaca, la bóveda estaba hecha de la misma roca.

cie de cono truncado cuyo vértice estaba de tal manera dispuesto, que los rayos del sol se deslizaban oblicuamente a lo largo de sus paredes y bañaban en luz todos los muros, iluminando sucesivamente cada una de las piedras que formaban el recinto interior de aquel templo misterioso. En las losas, en los altares, en las gradas, en los nichos, en todas partes resplandecía el oro con una magnificencia incomparable; veíanse losas de oro unidas unas a otras con una especie de argamasa maravillosa en cuya composición entraba el oro líquido (1).

Aquel templo escondido era literalmente una mina de oro. Formaba un inmenso círculo. En la pared, por la parte oriental, estaba representada la divinidad. Era una figura humana, centro de innumerables rayos de luz que parecían brotar de toda ella. Así se personifica algunas veces entre nosotros el sol. Aquella figura estaba grabada en una plancha de oro maciza de dimensiones enormes, cuajada de esmeraldas y de piedras preciosas (2).

Los rayos del sol naciente heríanla directamente, iluminando todo el templo con una claridad que parecía sobrenatural, y que reflejaban por todas partes los adornos de oro embutidos en los muros y en el techo. El pueblo, en su lenguaje figura-

(1) Cieza de León en su crónica, cap. XCIV, habla de cierto cemento compuesto en parte con oro líquido, que se empleaba en la decoración interior de los templos y en los edificios reales de Tambo. Esta inaudita riqueza de la construcción inca explica hoy no pocas ruinas y la rabia destructora de los primeros conquistadores, ávidos de botín.

(2) Cieza de León, Sarmiento, Prescott.

do, llamaba al oro "las lágrimas del sol", y en el interior del templo no se veían más que bruñidas planchas y clavos del precioso metal.

Las cornisas que adornaban los muros del santuario, eran de la misma materia, y un ancho cordón o friso de oro corría a lo largo de toda la sala.

Desde el sitio en que Raimundo y Orellana se hallaban, veíanse varias capillas dispuestas simétricamente alrededor de la vasta sala central. Una de ellas estaba consagrada a la luna, divinidad que ocupaba el segundo lugar en el culto, como madre de los incas. Su efigie estaba representada de la misma manera que la del sol, en una plancha colosal, pero esta plancha era de plata como correspondía a la luz pálida y argentada del planeta. Otra capilla estaba dedicada a los ejércitos del cielo, que son las estrellas, brillante corte de la hermana del sol; otra estaba consagrada a los terribles ejecutores de sus venganzas: el trueno y el rayo, y otra al arco iris. Y en todas estas capillas, todo lo que no era plata, era oro, oro, oro... (1).

(1) Prescott. Si el lector no ve en este cuadro más que los colores novelescos de algún fabuloso Eldorado, recuerde lo que se ha dicho de los palacios de los Incas y considere que estas que llamaban Casas del Sol, eran el depósito común en que se juntaban todas las corrientes de la Beneficencia pública y privada en toda la extensión del imperio. La credulidad puede haber exagerado en demasía ciertas aseveraciones y el deseo de excitar la admiración, otras. Lo cierto es que el brillante cuadro que he reproducido está garantizado por los que vieron tales edificios en los momentos de la conquista y en toda su magnificencia. A la llegada de los extranjeros, enterraron los indígenas o echaron al agua de los ríos y los lagos muchos objetos preciosos, y el lago Titicaca debe guardar aún hoy en su lecho profundo fabulosas riquezas.

El Templo de la Muerte tenía, sobre poco más o menos, la misma forma que el antiguo templo del Sol de Cuzco y si se había conservado en toda su magnificencia a través de los siglos lo debía, indudablemente, a la montaña y al lago que lo protegían, y al misterio de que los sacerdotes habían sabido rodearle, pues eran muchos los que habían oído hablar de él sin haberlo visto jamás, hasta entre los mismos indios que, aún hoy en día comparten su piedad y sus oraciones entre las ceremonias de la nueva religión y los ritos de sus antepasados (1).

Las "galerías de las tinieblas" estaban muy bien guardadas; el pueblo jamás había sido admitido en ellas, y, excepto los altos dignatarios y las víctimas, las cuales entraban en las galerías para no volver a salir, después de haber contemplado el rostro de la Muerte, nadie podía visitarlas a no ser por una verdadera casualidad, como la que había favorecido a Raimundo y a Orellana para penetrar en aquel recinto por un angosto pasadizo abandonado desde hacía muchos siglos.

Cuando sus ojos se fueron acostumbrando poco a poco a la luz, como antes se habían acostumbrado a la oscuridad, Raimundo distinguió todos los detalles del Templo. Atrajo sus miradas el altar

(1) Cuando la ciencia moderna asombrada de la inmovilidad inca, es decir, de la perpetuidad de sus costumbres, de sus creencias y de su recuerdo, se pregunta qué fenómeno es el que explica tal milagro y cómo puede mantenerse entre ellos de tal suerte el fuego sagrado, no tiene más remedio que considerar la hipótesis de ceremonias misteriosas que se siguen celebrando lejos de todo elemento europeo en algún rincón perdido de los Andes.

mayor, que se elevaba sobre algunas gradas, y en el cual estaban dispuestos los vasos de oro llenos de granos de maíz, los incensarios para los perfumes, los aguamaniles destinados a recibir la sangre de la víctima y el inmenso cuchillo de oro en la bandeja de oro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

EL DIOS SENTADO EN SU ESPLENDOR

La mirada de Raimundo desciende aún más, y ve, deslizándose por sobre las losas del templo, que él creía desierto, corriendo de capilla en capilla y de altar en altar, consagrados a sus deberes religiosos y ultimando todos los preparativos para la ceremonia, a los tres gnomos, a los tres guardianes del Templo de cráneos horripilantes. El hombre del "cráneo en figura de capacete" en quien las "mamaconas", mediante la deformación de su cabeza, despertaron desde su más tierna infancia la afición a la sangre, estimula la actividad de los otros dos, y de cuando en cuando sube las gradas del altar, se encarama hasta alcanzar la bandeja de oro y "contempla el cuchillo". Detrás del altar y encima del altar, hay una especie de pirámide de oro en cuyo vértice se ve un trono del mismo metal. "El trono del rey", dice Orellana. A ambos lados del altar y delante de él, hay otras tres pirámides bastante altas, pero que no son de oro. Y bien puede decirse que son las úni-

cas cosas del templo que no están hechas de oro. Son pirámides de madera. "Las tres piras"—afirma Orellana.

—¿Las piras?... "¿pero van a quemarla?"—pregunta la voz expirante de Raimundo.

—¡No! ¡No! ¡Van a emparedarla viva! ¡Es la Esposa del Sol! ¡Cómo quieres que quemar a la Esposa del Sol! ¡Eso no se hace! Por lo visto no has hablado de estas cosas ni con un simple niño "aimara"! Los niños no ven el Templo de la Muerte, a no ser que deban morir en él, pero todo el pueblo "aimara" y hasta los niños "aimaras" saben lo que sucede en el templo. ¡Cállate, pues, y mira! Más te valdrá. ¡Quemar a la Esposa del Sol! ¡Qué desatino!... ¡Quemar a mi hija! ¿Y tú crees que yo permitiría una cosa tan horrible? ¿Por quién me tomas? ¿Y para qué había yo de traer mi pico? Te pregunto que para qué había yo de traerle. No me respondes. ¡Haces bien! Mira a tu alrededor, mira las paredes del Templo. Entre las losetas de oro verás losas de granito rojo. Es el pórfido con el cual cierran las tumbas de las Esposas del Sol, emparedadas vivas! Cuenta esas losas de pórfido, cuéntalas todas; hay ciento. ¡Ciento! ¡ni una más ni una menos! He venido muchas veces aquí completamente solo,—continuó el anciano suspirando,—sí, he venido muchas veces desde que descubrí las "galerías de las tinieblas" una mañana que me desperté en la gruta, a orillas del lago!... Pues bien: ¡te digo que son ciento! Si hubiera sabido en cuál de esas tumbas de pórtico habían encerrado a mi hija, ya com-

prenderás que la hubiese salvado. Pero, ¿cómo saberlo? ¡Imposible! Esas tumbas en nada se diferencian unas de otras. Todas las losas de pórfido son iguales. Pero, "ellos" no se figuran que hoy estoy yo aquí con mi piqueta! Esta vez veré en dónde meten a mi hija! ¡Y en cuanto se marchen, la salvaré!

—Tal vez esté ya muerta cuando la saques; tal vez esté ya asfixiada,—murmuró Raimundo que se ahogaba, pero que, en su espantosa agonía, trataba de vislumbrar un rayo de esperanza en la extraña charla de aquel anciano y en lo que decía acerca de las tumbas.

—¡No, no! ¡No tendrá tiempo de asfixiarse! El nicho es profundo. Puede sentarse dentro. Ya sabes que nuestros muertos se sientan en sus sepulcros como si estuviesen en su casa. Puede respirar ahí dentro lo menos durante una hora, y tal vez durante dos horas. ¡Y ya la sacaré antes de diez minutos, no te quepa duda!

Raimundo no apartaba los ojos de aquellas losas de pórfido detrás de las cuales dormían las Esposas del Sol. Aquella disposición de las tumbas no podía llamarle la atención porque en los "panteones" (cementerios) peruanos, había visto muros enteros llenos de cuerpos. Y aun actualmente los emparedan así, pero no vivos, como es natural, sino bien muertos. Y las losas que los cubren están dispuestas con mucho orden, como los estantes de una biblioteca.

—¡Pero si en esas cien tumbas hay cien mujeres, ya no queda sitio para nadie!—dijo Raimun-

do.—¡Esas piras me dan miedo! ¿Estás seguro de que no la quemarán?...

—¡Te digo que sí! ¡Que estoy seguro!—afirmó el anciano encolerizado.—Tranquilízate. ¡Las piras son para las dos “mamaconas” que deben morir y esperar a la Esposa del Sol en los palacios encantados del Sol!

—Pero hay tres piras—replicó Raimundo que se sentía enloquecer.

—Justamente, la pira que está delante del altar es para la Esposa del Sol más antigua, a la que sacarán de su nicho para emparedar a mi hija en su lugar. ¡Y a esa esposa, la quemarán! ¿Qué quieres que hagan de ella?

—¡Ves cómo queman a las Esposas del Sol!—insistió Raimundo a quien obsesionaba la idea del fuego, contra el cual nada podría si era por medio del fuego como María Teresa había de morir, en tanto que el emparedamiento, tal como lo describía Orellana, le permitía abrigar alguna esperanza.

—Ya te he dicho—replicó el anciano, esta vez muy enfadado,—que en esas tumbas hay cien Esposas del Sol, al cual le ofrecen una cada diez años. ¿Sabes contar, si o no? Pues bien: la más antigua que sacan de un nicho para poner otra en su lugar, la más antigua, tiene mil años!... ¡Bien pueden quemar a una esposa de mil años!... ¡El Sol está harto de ella, al cabo de mil años!... Y la prueba es “que él mismo la quema!” ¡Sí! ¡sí! el Sol prende fuego a las tres piras!... De no ser así, nadie se atrevería. ¡Es el Sol en persona! ¡Ya

lo verás!... ¡Escucha, escucha!... ¡aquí están!... ¡aquí están!...

Los cánticos se acercaban y pronto aparecieron los sacerdotes.

En efecto, percibíase el rumor lejano de los cánticos, y pronto hicieron su entrada los nobles, a los que se reconocía por sus pendientes, sus collares y sus agujones que sólo podían llevar los descendientes del Inca. Iban vestidos con una especie de camisa roja, sin mangas, y cada uno de ellos llevaba una banderola con un arco iris bordado en colores diferentes, que constituía el escudo de cada casa. Después apareció un grupo de doncellas, las cuales agitaban al andar guirnaldas de flores naturales y llevaban los cabellos adornados con coronas de rosas. Eran las hijas de los nobles, que en otro tiempo hubiesen entrado en los conventos de las Vírgenes del Sol, para ofrecerse después en holocausto al Dios o ser elegidas para esposas del Inca. Tras ellas iban sus hermanos adultos: un grupo de mancebos ataviados con camisas blancas, en las cuales se veía “una cruz” (1) bordada, como acostumbraban llevar los hijos de los nobles que iban a ser armados caballeros. Luego se adelantaron los “curacas”, que eran los caciques o descendientes de caciques, jefes de los pueblos sometidos por el Inca y de las tribus que habían prestado juramento de fidelidad al Inca. Estos lucían camisas multicolores, sin ningún bordado en oro.

(1) Véase Garcilaso: Ceremonial del *huiracu*.

Se adelantaron hasta el centro del Templo y de repente, como cesaran los cánticos, dieron media vuelta, y todo el cortejo se volvió hacia la puerta por la cual habían entrado. Un extraño silencio sucedió a la especie de zumbido rítmico que producían los cánticos bajo tierra, y Raimundo, cuya espantosa angustia aumentaba de minuto en minuto, se preguntaba lo que iba a pasar, cuando un grito espantoso, terrible, el clamor desesperado de un niño al que degüellan, resonó hasta en el rincón más escondido del templo. A Raimundo se le erizaron los cabellos.

—¿Qué es eso? — preguntó con voz ahogada.

—Eso—respondió Orellana—nos tiene sin cuidado. Es el niño que sacrifican a la entrada del Templo, en la capilla negra de Pacahuamac, el Dios del Espíritu Puro.

—¡Miserables!—exclamó Raimundo. Y se disponía a precipitarse sobre ellos, a cometer alguna locura, cuando Orellana le detuvo.

—Si quieres ayudarme a salvar a la Esposa del Sol, no digas nada, no des un paso, no hagas un gesto, o todo está perdido... Si no te sientes con fuerzas para hacer lo que digo, márchate.

El joven cogió la mano del anciano y la apretó hasta triturársela.

—¡Me haces daño!—dijo Orellana...—¡Es preciso que tengas calma, suceda lo que suceda, suceda lo que suceda!

—¡Ah! ¡pobre niño!... ¡pobre niño!...—sollozó Raimundo,—¡han degollado a Cristóbal!... que

acaben de una vez y que nos maten a todos... ¡quisiera haberme muerto ya!

—¡Deberías avergonzarte, hijo mío, de hablar así!—replicó el loco, que estaba extraordinariamente tranquilo.—¡El que tiene nervios de mujer no debe penetrar en el Templo de la Muerte!

Y ahora, ya no se oía nada. Los nobles, los manebos y los "curacas" se volvieron y siguieron andando en silencio, dando la vuelta al Templo.

Tras ellos aparecieron los "amautas" (los sabios) que educaban a los hijos del Inca. Luego entraron los "ponchos rojos", que rodearon el altar como una guardia sagrada. Ni unos ni otros llevaban armas. En seguida desfilaron los altos dignatarios de la casa real, vestidos con el "blanchana", que es una camisa de corteza muy ligera, muy amplia y de colores vistosos. Cada uno de los dignatarios llevaba como emblema un monstruo con las fauces abiertas, destinado a ahuyentar a los espíritus malféficos que constantemente rondan alrededor de la casa.

En el momento en que Raimundo creía ver aparecer a María Teresa, vió una gran litera, conducida por los nobles y en la cual iba sentado un personaje a quien no reconoció al pronto. Su túnica y sus sandalias parecían de oro, y de sus orejas pendían unos enormes, unos colosales aros de oro que le llegaban hasta los hombros. En la cabeza llevaba el "llantu" real, turbante del más delicado tejido, dispuesto en pliegues, de colores vivos y variados y adornado con dos plumas de "co-raquenque". Además ceñía sus sienes el "borla",

cuya franja escarlata con hilillos de oro, le cubría en parte los ojos. Bajó de su litera apoyándose en dos pajes y subió las gradas de la pirámide de oro, en tanto que todos los presentes se arrodillaban y humillaban la cabeza. Era el rey. Cuando llegó al vértice de la pirámide, se sentó en su trono, diciendo a todos: "Dios anki tiourata", que es el saludo en lengua "aimara". Entonces todos se levantaron, y desde aquel instante el rey no volvió a hacer un movimiento. Raimundo le veía de frente. Le reconoció. "¡El empleado del Banco franco-belga!"—murmuró. — Era, en efecto, Oviedo Huayna Runtu, Rey de los Incas.

La asamblea repitió por tres veces, siempre en "aimara", "¡El dios se ha sentado en su trono de luz!", e inmediatamente se oyeron los acordes de las flautas. Eran los tañedores de "quenia" que tocaban con sus huesos de muerto y que precedían al cortejo religioso: delante iban los cuatro "directores del sacrificio", que esta vez podían levantar la cabeza, porque sus gorros con orejeras no ocultaban ningún subterfugio. Seguían otro poncho rojo que llevaba en las manos infinidad de cuerdas con nudos de diferentes colores. Raimundo reconoció al monje predicador de Cajamarca. Era el guardián de los "quipos", el que transmitía la tradición, el jefe venerado del "quipucamyas": ¡el que conoce la Historia! Tras él, delante de un grupo de servidores, apareció Huáscar, con la amplia túnica color azafrán de sumo sacerdote. El sumo sacerdote llamado "Uillas Umu", iba bajo un dosel que sostenían cuatro "curacas". El do-

sel era de plumas de colores vistosos. Todos se inclinaron al paso de Huáscar. Sólo el Inca era superior a él.

Raimundo advirtió la expresión trágica de su rostro, su mirar sombrío, y trató de ver si sus manos no aparecían ya manchadas con la sangre de la víctima. Y cuando pasó cerca de él, por debajo de él, pensó por un instante en matarle allí como a un perro, en arrancarle la vida como a un animal dañino, a tiros, delante de su séquito, de sus sacerdotes y de todos los Incas. Pero las "mamaconas" aparecieron cantando. Levantó la cabeza, buscando a María Teresa. Al pronto no la vió; tuvo que esperar a que las "mamaconas" dejaran de agitar en torno suyo sus negros velos. Entonces se apartaron y las dos mujeres que debían morir se adelantaron con el rostro descubierto, sonriendo a todos con una alegría casi infantil. Callaron las "quenas", y, en medio de un silencio solemne, apareció la segunda litera, en la que conducían dos estatuas de oro sentadas. El rey difunto Huayna Capac y María Teresa, en su doble trono de oro. Tras ellos iban, cerrando la marcha, los tres gnomos de cráneos monstruosos, los tres guardianes del Templo que habían desaparecido un instante y que volvían con María Teresa, porque como ya sabemos, ellos y las "mamaconas" eran los únicos que tenían derecho a tocar a la Esposa del Sol. Raimundo, que ya ni respiraba, esperaba que la litera de María Teresa pasase junto a él como había pasado el dosel de Huáscar. Y lo esperaba porque deseaba saber si su prometida estaba muer-

ta. No parecía más viva que el muerto. “¡Y ya no tenía a Cristobalito en los brazos!”

Lo que las joyas de oro que la cubrían dejaban ver de su rostro pertenecía ya a la tumba. No deben estar más pálidas la frente y las mejillas de los difuntos. Y los párpados estaban inmóviles, como cuando la piedad de los parientes más cercanos los ha cerrado ocultando con ellos para siempre las pupilas sin vista.

¡Ah! ¡Si hubiese pasado cerca de él, Raimundo hubiera tratado una vez más de abrir aquellos ojos con una palabra caída del cielo! Pero el doble trono de oro fué colocado inmediatamente entre el altar y las tres piras. Huáscar se sentó a la derecha del altar y el jefe de los “quipucamyas” a la izquierda. Las “mamaconas” se acomodaron en las gradas con una armonía lúgubre. Las dos que iban a morir y que habían trocado sus negros velos por trajes de fiesta y de colores llamativos y que llevaban flores prendidas en el pelo, estaban tendidas a los pies de María Teresa.

Los nobles y los “curacas” se alinearon alrededor del templo, dejando en medio a los mancebos y a las vírgenes. Los tres guardianes del Templo cerraron las puertas. El pueblo, que no asiste jamás a estos misterios, había quedado afuera, en eración en las “galerías de las tinieblas” que son innumerables y cuyas revueltas se ignoran, esperando a los sacerdotes que, después de la ceremonia debían sacar a los peregrinos a la luz del sol.

EL JURAMENTO DE LOS HIJOS DEL SOL

HUÁSCAR se levantó y, con las palabras sagradas, dió la señal para que comenzara la ceremonia.

—“En el principio de los tiempos, Pacahuamac, el espíritu puro, reinaba en las tinieblas, después nació su hijo el Sol, luego su hija, la Luna, y Pacahuamac les dió ejércitos, que son las estrellas.

El Sol y la Luna tuvieron hijos. Primero nacieron los “Pirhuas”, reyes pontífices, después los “amautas”, pontífices reyes, y por último los Incas, reyes de reyes, encargados de gobernar al género humano”.

La asamblea repetía las palabras de Huáscar como una letanía. Terminada ésta, dos jóvenes llevaron a Huáscar un llama vivo. Huáscar ordenó que tendiesen la víctima en la tabla de oro del altar, y el guardián del Templo encargado de la custodia de los cuchillos de oro, abrió las entrañas del llama, sobre las cuales se inclinó Huáscar.

Huáscar, después de haberlas interrogado, se levantó y declaró al rey que los dioses le eran propicios. Entonces el rey concedió la palabra al jefe

de los "quipucamyas", que refirió en algunos versículos los principales episodios de la historia de los Incas. La asamblea respondía con otros versículos. El canto era monótono y nunca variaba de ritmo; mientras cantaba el jefe de los "quipucamyas", pasaba los nudos de sus "quipos" como un cristiano las cuentas de su rosario.

Cuando hubo salmodiado el versículo que recordaba el martirio de Atahualpa y la invasión de la patria de sus antepasados por el extranjero, todos los presentes prorumpieron en un alarido ensordecedor, y el rey, sentado en su trono, en el vértice de la pirámide, alzó la mano que empuñaba el cetro y anunció a todos que la prueba enviada a su pueblo por los dioses tocaba a su fin; que él había sido elegido por el Sol para rechazar al extranjero y que en prenda de reconciliación con su pueblo, el Sol había permitido que le ofreciesen la más bella y la más noble de las vírgenes descendiente directa de aquellos que habían matado a Atahualpa.

Al pronunciar Oviedo Runtu estas palabras, todos los ojos se volvieron hacia María Teresa y de nuevo se oyeron las amenazas de muerte: "¡Muera la Coya, muera! ¡Muera la Reina del Rey muerto!". Pero, ¿por qué querían matarla? ¿No estaba ya muerta? Raimundo lo creyó firmemente, porque ni siquiera estos gritos espantosos la hicieron estremecer, ni siquiera la hicieron abrir los ojos... Si no estaba muerta, debía estar privada de conocimiento, y Raimundo dió por ello gracias al cielo.

El rey continuó su discurso, y todos le oyeron afirmar, llenos de satisfacción, que el imperio recobraría su antiguo esplendor y que ellos practicarían nuevamente sus costumbres, públicas y privadas, sus ritos, que desde hacía tanto tiempo ocultos en la soledad de las montañas o en el seno de la tierra, y sus más bellas ceremonias.

Los ancianos podrían morir dichosos, porque habrían visto aquella fiesta del "Interaymi", como no se había celebrado desde la muerte del Inca mártir. Los padres y las madres debían mirar con orgullo su prole, llamada a los más gloriosos destinos y el corazón de las vírgenes debía henchirse de esperanza, porque para ellas crecían en fuerza, en valor y en gallardía los libres hijos del Sol.

Entonces el rey se levantó, y dijo:

—¡Que se adelanten "los hijos del Sol!"

Y los mancebos se adelantaron.

Durante treinta días habían practicado, como en otro tiempo, los ejercicios necesarios; habían ayudado, luchado, demostrado su fuerza y habilidad en las carreras, en el pugilato y en el manejo de las armas, habían herido y matado a algunos de sus camaradas, habían dormido en el suelo y habían vestido túnicas groseras y caminado con los pies descalzos. Ahora se adelantaban con sus túnicas blancas, con una cruz en el pecho, como los jóvenes cristianos de la Edad Media, cuando se preparaban a armarse caballeros. Pero aún llevaban los pies descalzos.

Rodearon la pirámide de oro y Huáscar, al cual las vírgenes ofrecían una vasija de oro llena de

plantas verdes, presentó los mancebos al rey. Los iba nombrando a medida que pasaban por delante de él y daban la vuelta a la pirámide y les prendía en los cabellos hojas de una planta siempre verde para indicar que las virtudes que habían adquirido debían durar eternamente (1).

Luego los jóvenes subieron uno a uno las pirámides y se arrodillaron ante el rey, y el rey, con un punzón de oro, les hizo un agujero en las orejas (2). Volvían a bajar, con su túnica blanca llena de sangre y santificada ya, y Huáscar, sacando de otra vasija de oro que dos vírgenes le presentaban unos enormes discos de oro, se los colgaba en las orejas. En su fisonomía nada revelaba el sufrimiento.

Cuando todos tuvieron puestos los pendientes, se colocaron en fila delante del rey, que les dirigió una alocución. Felicitó a los jóvenes por sus progresos en todos los ejercicios militares, y les recordó las obligaciones propias de su nacimiento y de su rango. «¡Hijos del Sol—les dijo—os exhorto a imitar a nuestro padre el Rey de los Cie-

(1) Garcilaso.

(2) Garcilaso, Sarmiento. Según Fernández, los candidatos llevaban camisas blancas con una especie de cruz bordada en la pechera. Montesinos dice, a propósito de los pendientes: «Los novicios se aproximaban y una vez arrodillados ante el Inca, éste les abría las orejas con un enorme punzón de oro, susceptible de hacer un agujero que permitiera colgar los pendientes peculiares de la orden de los Incas, lo cual hizo que se diese a los indios el sobrenombre de *Orejones*. El ornamento, que figuraba una rueda, entraba en el cartilago y tenía el diámetro de una naranja. «Cuanto mayor era el agujero, dice uno de los antiguos conquistadores, tanto más convenía a un caballero». Pedro Pizarro.

los, en su carrera gloriosa en la que no hace más que derramar beneficios sobre el género humano! Y sobre todo, no olvidéis nunca que nuestro glorioso antepasado, el rey Huayna Capac, ha abandonado los palacios encantados del Sol para recibir vuestro juramento!"

Todos se volvieron entonces hacia la momia del rey, levantaron la mano y juraron ser valientes y fieles al Inca.

—¡Está bien!—dijo el rey sentándose,—¡ahora podéis calzaros la sandalia!

Esta parte del ceremonial incumbía al guardián de los "quipos", uno de los sacerdotes más venerados, que calzó a cada uno de los candidatos las sandalias de la orden de los Incas (1).

—¡Está bien!—repitió el rey,—ahora podéis ceñiros el cinturón.

Y el guardián de los "quipos" les sujetó a la cintura el cinturón del cual colgaban en la guerra sus armas de combate (2).

—¡Está bien!—dijo por tercera vez el rey.—Ahora afirmo delante del Rey Muerto y de la "Co-ya" que va a morir, para que ellos se lo repitan a los antepasados, que nuestra raza es la primera de las razas del mundo, que vosotros sois sus representantes en la tierra, porque "sois hijos puros del cielo, sin ninguna mezcla terrenal!; ¡porque el

(1) Recuerda esta ceremonia la de calzar la espuela a los caballeros cristianos. Véase Prescott.

(2) La ceremonia del cinturón respondía a la imposición de la *toga viril* entre los romanos y significaba que el neófito había llegado a la edad de hombre.

hermano ha bebido siempre la sangre de la hermana!

Y dió la señal para que el cuchillo de oro punzase la garganta de las vírgenes. Estas se adelantaron a su vez y subieron las gradas del altar, en tanto que los padres y los hermanos entonaban el himno de triunfo "aimara".

—¡Ah! ¡Salvajes!... ¡Salvajes!...—murmuraba Raimundo, que desde que creía muerta a María Teresa no pensaba más que en la venganza.—
¡Ah! ¡Si yo pudiese matarlos!... ¡Matarlos a todos!... ¡Hacerles sufrir!... ¡Hacerles sucumbir a todos en la misma catástrofe!... ¡Y morir yo con ellos entre sus ruinas!...

Pero, ¿qué hacer? Si hubiese podido prender fuego a aquellas paredes, a aquel granito, a aquellos muros de oro, no hubiera vacilado... ¿Qué hacer?... Podía matar a unos cuantos con su revólver. Si se precipitaba sobre aquellos locos, más locos, más peligrosos que Orellana, "se las pagarían todas juntas!" Y les demostraría cómo puede un hombre enviar al otro mundo a los hijos del Sol!... ¡y a Huáscar, el sumo sacerdote!... ¡y al rey Runtu, empleado del Banco franco-belga!... ¡Sí, siempre podría matar a aquellos dos!... ¡y matarse luego!

¡Evidentemente!, ¡evidentemente si María Teresa estaba muerta! ¿Pero estaba muerta María Teresa?... Precisamente en aquel instante le pareció que se agitaba, que su cabeza se había movido y que las joyas de oro habían resbalado ligeramente a lo largo de las mejillas y por los hom-

bros. ¿Era una ilusión? Interrogó a Orellana, el cual le respondió que su hija estaba muy fatigada y que debía dormir.

Entre tanto, el guardián del Templo, el que tenía el horrible "cráneo en figura de capacete" (deformación que había despertado en él la afición a la sangre), hería en el pecho a las vírgenes y recogía en una copa de oro la sangre que brotaba de las heridas. Cuando la copa estuvo llena, mojó en ella sus labios y en seguida se la entregó a los mancebos, entre los que corrió de mano en mano, en tanto que las vírgenes, orgullosas de su ligera herida, cantaban frente a ellos: "¡Gloria a los hijos del Sol!" Cuando la copa quedó vacía, se lo dijeron al rey, que, levantando los brazos al cielo, rogó al Sol que diera él mismo la señal para comenzar los sacrificios.